

»Fué en el culpado afrenta el beneficio,  
Y amores de su ausente compañía  
Del Turco le volvieron al servicio,  
O al miedo de su injusta tiranía.  
No se mostraba á Mahamet propicio  
El cielo, y castigando su porfia  
De honroso triunfo, con presteza rara  
Nueva materia al vencedor prepara.

»Feri-Bajá su ejército compuso,  
Terror de entrambas Asias y respeto,  
Y en muchas armas y guerreros puso  
La furia de su Príncipe en efeto.  
Partirse de Andrinópolis dispuso,  
Cuando en honor ocioso, libre y quieto,  
Hallar pensaba á su contrario fuerte,  
Con tantas amenazas de la muerte.

»El bosque apenas de Dibrastro pisa,  
Cuando el guerrero invicto que le aguarda  
Al viento dió la bélica divisa,  
Que tantos escuadrones acobarda.  
Mostraba al cielo su primera risa  
El alba, que á la sed del campo tarda,  
Y al pié de un monte con violenta furia  
Comienza el hierro su primera injuria.

»Arde el furor, y los valientes brazos  
De golpes y armas en el fuego ardián,  
Y los deshechos cuerpos en pedazos  
Los últimos alientos despedían.  
Ya de la tierra con violentos lazos  
Los unos á los otros suspendían,  
Y por el campo estéril arrojadas,  
Ni ofenden ni castigan las espadas.

»Con altas voces y soberbia muestra  
Feri gritaba en medio de las iras:  
«¿A qué lugar de mi ambiciosa diestra,  
Escandarbei cobarde, te retiras?  
Aquí verás á tu quietud siniestra  
Esa fortuna impróvida que miras  
Vecina siempre; así acabó callando,  
Que ya le estaba el golpe amenazando.

«Oh bárbaro pagano!» le replica  
El gallardo Albanés, que airado y presto  
El brazo y lanza á su castigo aplica,  
Al noble triunfo sin temor dispuesta.  
Con el arnés el bárbaro complica  
El fuerte escudo á la invasion opuesto,  
Sintiendo el cuerpo á su rigor desnudo,  
Flaquezas del arnés y del escudo.

»Al suelo vino el misero gigante,  
Envuelto con la sangre y la congoja,  
Y el curso de sus venas redundante  
Traslada al campo su pintura roja.  
Fué del combate término el instante  
Que de la vida al bárbaro despoja,  
Pues ya la gente por el bosque suelta  
A Grecia daba sin honor la vuelta.

»Aquí la noche y mi fatiga piden  
Que ponga fin á tan notable historia,  
En quien sus raros méritos se impiden,  
Con forzosa ambición de tanta gloria,  
Y para referir si osados miden  
De muertos y vencidos la memoria,  
O los números faltan á la cuenta,  
O al Turco vidas, ó á su honor afrenta.»

«Oh justa admiración del siglo nuestro,  
Asombro de los héroes pasados!»  
Responde aquel de espíritu maestro,  
Con los piadosos ojos admirados;  
«Mi justo espanto en el silencio nuestro,  
Y en estos años tristes y cansados  
Al cielo gracias doy, que en tanto precia  
La fe perdida y la amistad de Grecia.

»Mas ya la noche, despertando el cielo,  
A deslucir comienza las estrellas,  
Y cobra fuerzas al comun desvelo,  
Viviendo el campo cuando mueren ellas;  
Y en esta injuria universal del cielo,  
Al son de los bramidos y querellas  
De viento y mar descansen tu fatiga,  
Que á mas ilustre habitación obliga.»

## CANTO X.

## ARGUMENTO.

Las lluvias y crecientes desataron  
La helada nieve que guardó el enero,  
Y al furor de Sebeto peligraron  
Las vidas del ejército guerrero.  
Arnaldo y Bruno en Nápoles entraron;  
Descubren el formal paso al acero;  
Enrique lo desprecia, y Paradino  
A enojo y furia con Oriando vino.

Dormido estaba en medio del invierno  
El año, prometiendo su tristeza  
Que puede ser aquel rigor eterno,  
Pues muerta llora el campo su belleza;  
Y atento Alfonso al militar gobierno,  
Aprieta en los cercados la estrechez,  
Que estando entre sus piedras mal seguros,  
Son grillos las almenas de los muros.

Estaba de las nieves coronada  
La blanca cuna, en que nació el Sebeto,  
Y nueva cumbre en su cerviz formada,  
De escarcha y nieve con helado aprieto;  
Y el agua con el viento conjurada,  
Su blanda lluvia con veloz efeto  
Arroja, desatando de la cumbre  
La riza y cristalina pesadumbre.

El agua, errante espejo de los cielos,  
Tendía libre sus valientes brazos,  
Y los incultos y ganchosos hielos  
Las penas desataban en pedazos.  
Informes surcos con prestados vuelos  
Rompió en su cumbre con soberbios lazos,  
Forzando al río que su curso empuñe,  
Y con lisonjas tantas se despeñe.

Sebeto humilde, que la seca arena  
Bañar no puede en el ardiente estío,  
Soberbio ya con la creciente ajena,  
Fué mar primero que naciese río.  
Su natural templanza desenfrena,  
Llevado del caudal violento y frío,  
Y al árbol que antes con molestia floja  
Besó los piés, la frente le despoja.

Bramó erizada la veloz corriente,  
Y con tropel las aguas detenidas,  
El curso retardaban diligente,  
Mas á subir que no á correr movidas;  
Y con la gravedad de la creciente,  
Las aguas naturales oprimidas,  
Despiden arrojando en las riberas  
El peso de las ondas extranjerías.

Del loco asalto y repentino, mudos  
Los fieros animales peregrinos,  
Regiones nuevas, sin industria rudos  
Vivir prefieren, á morir vecinos.  
Sebeto son los árboles desnudos,  
Sebeto los arroyos cristalinos,  
Sebeto el campo, que insolente baña,  
Sebeto el mar, Sebeto la montaña.

En otro ser la tierra se transforma,  
Los montes con naufragio amenazaban,  
Y al nuevo mar que la creciente forma,  
Riberas para serlo le faltaban.  
La fuerza con la injuria se conforma,  
Y cuando mas sus cumbres despojaban,  
Soberbia el agua sin concierto mueve  
Con piés de vidrio máquinas de nieve.

Ruínas de edificios parecían  
Los troncos, y los techos mal formados  
De hielos, que las piedras desmentían  
A manos de las nubes fabricados.  
Era la obscura noche, en que dormían  
Su dulce y breve muerte los cuidados,  
Y del comun acuerdo suspendidos,  
Iluyeron al trabajo los sentidos.

En medio pues del general sosiego,  
Turbóse el campo con mayor espanto  
Que Troya vió del escondido griego  
Temblar sus muros y nacer su llanto.  
No tan veloz de repentino fuego  
Turba asaltada se divide, en tanto  
Que el justo miedo que á librarla aspira,  
Primero el daño que el peligro mira;

Como el confuso ejército, sintiendo  
La no esperada inundación que brama,  
En leños navegantes convirtiendo  
La armada tienda y la deshecha cama.  
Su fuerza prevenida del estruendo,  
Armas, caballos, máquinas derrama  
El río, siendo con furor constante  
De espumas locas horrible gigante.

Primero nadan muchos que despierten,  
Otros despiertos al remedio corren,  
La turbación impide que le acierten,  
Y en vano atentos el vivir socorren.  
Las varias voces y el rumor advierten,  
Y el fuerte sitio sin tardar recorren  
Los diestros capitanes que de Chaya  
Cenian los jardines y la playa.

Creyendo que intentaba el enemigo  
Hacer alguna ofensa en los cuarteles,  
Saltó el gallardo Alfonso á su castigo,  
Cercado de armas y soldados fieles;  
Mas ya buscando en su piedad abrigo,  
Por un espeso bosque de laureles  
Llegaron brevemente los primeros  
Confusos y turbados mensajeros.

Sintiendo el capitán noble y piadoso  
De sus amigas gentes el estrago,  
Y con afecto tierno y generoso,  
Dió de la espuela á un alazan cuartago;  
Y entrando libre en el peligro ondoso,  
Desprecia osado del reciente lago  
La furia, que conserva embravecida  
Tan gran rumor para tan corta vida.

Daba á la noche lúcidos espejos  
La nueva luz, que la del sol retrata,  
Y del cambiante viso en los reflejos,  
Trémula ondea la espumosa plata.  
Rindió presente, si temió de lejos  
La injuria que del monte se desata  
El gran Alfonso, que á vencerla obliga,  
Y así les dice en la comun fatiga:

«Oh fuertes capitanes, nuevo ejemplo  
De amor y de constancia generosa,  
Honor y lustre del sagrado templo,  
Dónde en la fama la virtud reposa!  
Cuando en miserias trágicas contemplo  
La fe en peligros tantos animosa,  
Convierto en glorias tan honradas penas,  
De España triunfos, de mi amor cadenas.

»Animan destas piedras los temores  
Con líquido furor los elementos,  
Vertiendo el monte que produce flores,  
Soberbios y arrojados movimientos;  
Si ya de los trabajos los mayores  
Pasados son, si reprimió los vientos,  
Domó las aguas, sujetó la tierra,  
Mostrando el cielo el fin de tanta guerra;

»No tema, no, vuestra opinión altiva  
De hielo y nieve á un insolente parto,  
Si deste mar que al campo se deriva,  
Ni el daño temo ni el caballo aparto.  
Ya cede la corriente fugitiva,  
Ya de su vida en el postrero cuarto  
Está la noche, y la mañana asoma,  
Deste diluvio candida paloma.»

Así les dice, y por el verde monte  
Mostraba el cielo, que salir pretende  
El alba, y despertando el horizonte,  
Aun no le dora, pero ya le enciende.  
Por mas estrecha margen el desmonte  
Bajan con el silencio al mar empuñe,  
Y el agua huyendo, al engañado día  
Islas del mar la tierra parecía.

PE-II.

Quedó sin nieve la robada cumbre,  
Medrosa y triste la desnuda selva;  
Del monte la frondosa pesadumbre  
El agua teme que á enojarse vuelva.  
Del sol respetan la piadosa lumbre  
Las mudas aves, aunque mas la envuelva  
En negros arreboles la mañana,  
De ver sus trenzas por el aire ufana.

Ya por los altos muros que el estruendo  
Mas que la ofensa amenazó la frente,  
Algun marcial insulto previniendo,  
Velaba atenta la turbada gente;  
Y con la hermosa luz, que descogiendo  
Su manto el día, despertó el Oriente,  
El daño escucha, advierte la fatiga  
Que á mas asombro que la guerra obliga.

«¿Qué aguardas, generoso caballero,  
Dijo á Refaer Aruico el Fuerte, cuando  
Se muestra el cielo tu mejor guerrero,  
Y están por tí sus armas peleando?  
¿Quién vió jamás que con asalto fiero  
Sebeto humilde baje desatando  
Montes de hielos, donde apenas bebe  
La seca orilla en su cristal la nieve?»

»Prodigios grandes, memorables casos,  
No sin cuidado los dispensa el cielo;  
No son comunes, no, tales fracasos,  
Ni verse Soma coronar de hielo,  
Ni el río pobre, que con lentos pasos  
Apenas lava el conocido suelo,  
Trocar soberbio en rústicos bramidos  
Lo que era adulación de los sentidos.

»Aun no sus gentes en quietud se alojan,  
Si ves las tiendas por el agua errantes,  
Y ya el remanso sin parar despojan,  
Con menos miedo que bebieron antes.  
¿Por qué á vencer á Alfonso no se arrojan  
Tus lises, tus caballos, tus infantiles,  
Y será, pues lo muestra el cielo amigo,  
En tí vitoria, lo que en él castigo?»

«Vamos, responde el animoso franco;  
Muera la gente indómica española,  
Salga el blason de mis mayores blanco,  
Arme su gente Aruico y Continola.  
Llegóse el día que de Italia arranco  
Esta nación, que peregrina y sola,  
No hay armas ni defensa que le estorbe  
Querer pisar los límites de el orbe.»

Con cajas sordas, con trompetas mudas,  
Por la encubierta entrada desplegaron  
Sus armas, que á las márgenes desnudas  
Con segunda creciente amenazaron.  
No bajan tan espesas y menudas  
Las piedras, que su nube desataron,  
Como despiden con igual ruina  
De astadas armas nube repentina.

No halló en descuido al hijo de Fernando,  
Que diestramente tuvo prevenida  
Como prudente capitán, juzgando  
La forzosa ocasión de la salida.  
Ya en las humildes aguas peleando  
Por una y otra parte embravecida  
Andaba la contienda, y por los vientos  
Sonaban los fatales instrumentos.

Juzgando de su parte la fortuna,  
Con tal furor embisten los cercados,  
Que la presteza igualan importuna  
Del viento entre los troncos despojados.  
Hallar no piensa resistencia alguna  
En armas, en caballos y en soldados,  
Con vanas y soberbias presunciones  
Aquel mezclado vulgo de naciones.

La muda tierra fatigada gime,  
Y hollada en torno con temor se encoge;  
El aire vago herido se comprime,  
Y en él sus voces con furor descege;  
Las armas suenan y el acero imprime  
Su filo ardiente; el humo se recoge,  
Y en su fingida noche las centellas,  
Brillando nacen para ser estrellas.

-22

Alfonso, recelando que el combate  
Mas que á las fuerzas al honor obligue,  
Cargó á la parte, donde Aruño bate  
Un débil puesto, en que su gente sigue.  
Con tal presteza su invasión rebata,  
Y con tal diligencia la persigue,  
Que todos al amparo de los muros  
Llegaron, ni gallardos ni seguros.

Vinieron con tropel y desconcierto,  
Revueltos todos á la estrada oculta,  
Y aunque era el paso conocido y cierto,  
La ciega turbación le dificultó.  
Con ellos mismos por divino acierto,  
Entre el confuso estruendo que resulta  
Del miedo y del huir, Arnaldo y Bruno  
Entrar pudieron sin peligro alguno.

Ni mas espacio ni ocasión esperan,  
Mirando la ciudad y las murallas,  
Y en toda parte atentos consideran  
Armas, pertrechos, gente, vituallas.  
Era la copia tanta, que pudieran  
En vez de asaltos aguardar batallas,  
Fiando á la campaña y á las manos  
La fiera hostilidad de los romanos.

Viendo el difícil caso, con presteza  
Caminan, por si en muros ó reparos  
Descubren ó descuidos ó flaqueza,  
Que siempre salen al vencido caros.  
Es todo cuanto miran fortaleza,  
Son los diseños en el arte raros,  
Industrias todo y atención con arte,  
Ministros todos del furor de Marte.

Con esta diligencia vigilante,  
Calles, murallas cuidadosos giran,  
Y sin mover los pasos adelante,  
El gran conduto de las aguas miran.  
Del tiempo advierten la excepción constante,  
Y aquel trabajo venerable admiran,  
Y oculta fuerza en suspensiones tantas  
Les deja apenas levantar las plantas.

«No es este, dijo Arnaldo, aquel conduto  
Por donde Belisario antiguamente  
Dió por camino sólido y enjuto  
Abierto paso á la romana gente?  
Si vió logrado el generoso fruto  
De aquel atrevimiento diligente,  
¿Que nos detiene el miedo del contrario,  
Si somos cada cual un Belisario?»

«¿Qué sabes tú si el cielo, Bruno amigo,  
Con este nuevo caso nos avisa,  
Que somos los ministros del castigo  
Del gran tirano que sus muros pisa?  
A nadie temo cuando voy contigo,  
Ningun estorbo mi valor divisa,  
Y á pechos nobles por hazañas tales  
El tiempo les consagra sus anales.»

«El Quinto Alfonso, con trabajo tanto,  
Expuesto á las jornadas de los cielos,  
Sobre el enero descogió su manto  
De blanca nieve y erizados hielos,  
Y vió después con singular espanto  
Rasgar las nubes sus trenados velos,  
Dando osadía y fuerzas á un arroyo,  
De humildes fuentes miserable apoyo.»

«Miremos pues si el cielo le destina  
Mejor suceso y favorable suerte,  
Y por industria nuestra se encamina:  
Que al fin dichoso en su fatiga acierte.  
Ya vence el que á vencer se determina,  
No acierta siempre en la ocasión la muerte,  
Y acaba honrado el generoso pecho  
Que bien comienza, la mitad del hecho.»

«Entremos presto, Bruno le responde,  
Que si las amenazas del abismo,  
Este formal en su region esconde,  
A mi verdad y amor fuera lo mismo.  
Igual á nuestros brazos corresponde  
La fama, que el antiguo gentilismo  
Con plumas tantas celebró en historia,  
Pues no es menor de mi ambición la gloria.»

Conformes y resueltos sin tardanza  
A todas partes miran, previniendo  
De tantos enemigos la asechanza,  
Que la ciudad andaban discurriendo;  
Y viendo la quietud y la bonanza  
Que la ocasión estaba prometiéndolo,  
Caminan juntos por la anciana cueva,  
Donde el valor y el ánimo los lleva.

Por tanta obscuridad, por noche tanta  
Mueven el paso, intrépido y confuso,  
Y apenas quiere la dudosa planta  
Dejar la huella en que una vez se puso;  
Mas cuando su osadía la levanta,  
La prevenida mano se antepuso  
Al tardo paso, que engañado piensa  
Hallar en ella natural defensa.

Así pasean la region obscura  
Con duda, suspensión y pesadumbre;  
Mas los temores vanos aseguran  
Al fuerte pecho la marcial costumbre.  
«Si engañarme el sentido no procura,  
Allí despunta entre el horror la lumbre,  
Le dice Bruno, cuando apenas arde  
Con breve rayo trémula y cobarde.»

«Sin duda es lumbre, Arnaldo respondía,  
Mas no es de fuego la que opuesta luce  
Alegre prenda, si, del claro día,  
Que á ver del sol los rayos nos conduce.»  
Juntos caminan pasos y porfia,  
Que á dulces parabienes se reduce  
Del uno al otro, conociendo luego  
Que es luz del sol, y no de oculto fuego.

Apenas reconocen la salida,  
Cuando postrados al favor del cielo,  
Le ofrecen con piedad agradecida  
Lágrimas tiernas de cristiano celo.  
Allí el amor de la preciosa vida  
Pisaba en libertad seguro suelo,  
Y el amor ambicioso se promete  
De la incierta ocasión tiempo y copete.

Así contentos y animosos llegan  
Al campo, en que los fuertes celiberos  
Para asaltar á Nápoles entregan  
Al aire triunfos, y su luz aceros.  
De verlos todos, admirados ruegan  
Que cuenten su jornada los guerreros,  
Pues ya por muertos lágrimas baldías  
Honraron tristes las exequias pías.

Caminan ellos, y al placer remiten  
De ruegos importunos la respuesta,  
Y abrazos nuevos al pasar repiten,  
Creciendo siempre la ocasión molesta;  
Mas no impidió que apriesa soliciten  
Llegar al Rey, á quien la fama presta  
Llegó primero, y en consejo aguarda  
El nuevo caso, que esperado tarda.

Estaba de sus héroes y hermanos  
Con armas y consejo prevenido,  
Cercado en torno de prudentes canos,  
Y no de loca juventud cenido,  
No turba de ignorantes cortesanos,  
El gran consejo tienen pervertido,  
Siguiendo en las noticias que aconseja  
La fábula común de la corneja.

Llegando pues al grave acatamiento  
De tanta majestad, calló la pieza,  
Y con modesta voz y grato acento,  
El buen Arnaldo á razonar empieza.  
«Escucha, Alfonso, á mi verdad atento,  
Le dijo levantando la cabeza,  
De todas la mayor de tus venturas,  
Con que este reino vences y aseguras.»

«Después que la creciente de Sebeto,  
Siendo del campo rápido castigo,  
Tu gente puso en miserable aprieto,  
Y dió osadía tanta al enemigo,  
Que con acelerado y breve efeto  
Sus armas quiso acreditar contigo,  
Saliendo en odio del blason de España  
Soberbio y animado á la campaña;

«Después que con las lises afrentadas  
Volvieron á sus muros las banderas,  
Se hallaron nuestras armas empuñadas  
Tan cerca, que siguieron las primeras.  
Templado ya el furor de las espadas,  
Las nuestras entre tantas extranjeras  
Lo mismo hicieron, y á la gente unida,  
La enemiga ciudad le dió acogida.»

«Sus calles y murallas paseamos;  
Estradas, cortaduras advertimos;  
La gente y bastimentos tanteamos;  
Traveses, casamatas discurrimos:  
Ya que difícil ó imposible hallamos  
Cualquiera expugnación que prevenimos,  
El cielo nuestros pasos encamina  
Al gran conduto de sus aguas mina.»

«Por él entramos sin noticia alguna,  
Sujetos al rigor de su contrario,  
Movidos del honor que la fortuna  
Le dió por esta parte á Belisario.  
No fué á tu dicha; oh príncipe! importuna,  
Pues sin temor, peligro ni adversario,  
Salimos libres de amenazas tantas,  
Donde la boca estampo con las plantas.»

«Ceñida de arboledas y jardines,  
Del antiguo formal yace la entrada,  
A quien entrega un monte en sus confines  
El agua, á su tributo dedicada,  
Y por oculto seno hasta sus fines  
Camina, dirigiendo la jornada  
A Nápoles, que aplica sus corrientes  
Al importuno censo de las fuentes.»

«Por esta parte, capitán glorioso,  
Podrás, dejando el prevenido asalto,  
Llevar tu gente cuando en mas reposo  
Esté su vulgo de tenerle fallo;  
Y el cielo, á tus fatigas generoso,  
Hará que la vitoria al sobresalto  
Con pasos tan ligeros se adelante,  
Que el mismo mal y no el temor le espante.»

Alfonso, agradecido y satisfecho  
Del raro caso de la industria nueva,  
Responde alegre, sin mostrar el pecho  
Cuanto el valor y la ocasión aprueba;  
Mas como la ambición vence al provecho,  
Y aplauso tanto de su engaño lleva  
Gallardo Enrique, el miedo contradice,  
Y así al consejo y al hermano dice:

«Después que de tu sangre se vistieron  
Por largo tiempo en tan costosa guerra  
Flores y escarchas, y los meses vieron  
Vestir el año y desnudar la tierra;  
Después que con los muros compitieron  
Montes de cuerpos, que su campo encierra  
De tus guerreros inclitos, que agora  
Su triste patria sin remedio llora;

«Después que de los vientos y los mares  
Sintió tu armada la común ofensa,  
Y la ocasión te fuerza que prepares  
A tantos enemigos la defensa;  
Después que por los campos á millares  
Naciones vierte Europa, ¿recompensa  
Los trances, los peligros, la tardanza  
Desta ficción la inútil esperanza?»

«Son los ejemplos en la guerra inciertos;  
Es arte que se muda con los años;  
Los libros no, y á veces los aciertos  
Pasados son en lo presente daños.  
No niego que al ingenio descubiertos  
La historia muestra antiguos desengaños,  
Que en la común política convienen  
Al uso nuevo que los hombres tienen;

«Mas no se ajusta el tiempo, los motivos,  
La ocasión que obligaron al Romano,  
Templando los aceros vengativos,  
Tomar la industria, y no la armada mano.  
Con ciego estudio los discursos vivos  
Los muertos quieren penetrar en vano,  
Sin ver que el tiempo engendra novedades,  
Al paso que se mudan las edades.»

«A escala vista ó derribado el muro,  
De cuerpo á cuerpo en batería llana,  
Es el honor y crédito seguro  
Que el brazo adquiere y con la sangre gana,  
No por camino incógnito y obscuro,  
A quien el sol con diligencia vana  
Pretende ver, quitando á la vitoria  
La luz, testigo ilustre de su gloria.»

«Fué dicha accidental, fortuna acaso  
De aquestos capitanes el suceso,  
Y hallar sin riesgo entre sus armas paso,  
Descuido vil y militar exceso;  
Y el miedo á veces del siniestro caso  
Del mar imita el natural receso,  
Pues cuanto humilla en el menguar la frente,  
Soberbio se levanta en la creciente.»

«¿Quién duda agora que estará de guardas  
El gran conduto prevenido en torno,  
Con picas, con pavese y alabardas,  
Brillando el sol en el marcial adorno?  
¿Quién, ó por qué conmigo se atraviesa  
Con mengua tal, que en el hesperio suelo  
Haga en teatro público mi furia  
Testigo al sol de que vengó su injuria?»

«No afirmo yo que es cierta ni segura  
Por esta nueva entrada la conquista  
De la ciudad rebelde, que procura  
Que siempre á mis combates se resista;  
Mas no será prudencia ni cordura  
Negar que vuelva á requerir la vista  
El sitio, penetrado en los afanes  
De dos tan conocidos capitanes.»

«Que raras veces acertó el desprecio,  
De ardientes años consejero errado,  
Y á manos de su altivo menosprecio  
Acaba siempre el ánimo engañado,  
Cualquier aviso y diligencia precio,  
Creyendo que en alguna está librado  
El celestial favor, que oculto acierta  
Donde el discurso le cerró la puerta.»

«El mundo sabe que ánimo y constancia  
Es mi blason, y que jamás me admiro,  
Por mas que unidas al error de Francia  
Vestir los campos de naciones miro.  
Si mi razón opongo á su ignorancia,  
Ni un solo paso con temor retiro,  
Pues ya por batería ó por conduto  
Coger pretendo de la guerra el fruto.»

«Después de tanta sangre derramada,  
Es bien guardar la que en los brazos queda,  
Y el honor de la empresa comenzada  
Al tiempo y á la industria se conceda.  
Si el cielo muestra á mi sangrienta espada  
Camino cierto que seguirse pueda,  
Presto verás, ciudad soberbia y loca,  
Tu gran descuido y resistencia poca.»

No dijo mas, y luego determina,  
Por dar á la invasión tiempo oportuno,  
Que salga presto á requerir la mina  
Armada gente con Arnaldo y Bruno,  
En tanto que la tropa se encamina  
Al curso de las aguas importuno,  
Y el campo en pareceres se divide,  
Y al sol trenzas de luz Diana pide.

En público consejo Paradiño,  
Dejando de la silla el hospedaje,  
Alzó la voz y el ánimo previno,  
Que entrambos mueve el recebido ultraje.  
«Cuando, le dice, ¿oh príncipe! convino  
Lograr el tiempo y procurar que ataje  
Tu invicta gente la común ofensa  
Que hacer Alfonso á tus murallas piensa,

» Cuando con roncadas voces te llamaban  
Las aguas insolentes y leales  
Del misero Sebeto, que besaban  
Apenas de tus muros los umbrales,  
Y cuando sus corrientes despertaban,  
Movidas con impulsos celestiales  
Los ánimos dormidos, y á porfia  
Mostró su frente la ocasión al día;

» Y cuando por gozalla despidieron  
Tus muros generosos escuadrones,  
Y al aire vagamente descogieron  
Banderas y estandartes sus naciones,  
Y cuando los aceros prometieron  
El logro de sus fuertes corazones;  
Con gente poca y atrevida guerra,  
En esta noble cárcel los encierra:

» Adonde están los invencibles brazos,  
Que en tantas ocasiones dividían  
Escudos y lorigas en pedazos,  
Y al tiempo y la fortuna se oponían.  
¿Qué suerte agora en miserables lazos,  
Las manos prende, que prender solían?  
Ya miro nuestros triunfos como ajenos,  
En mas su honor, y nuestra gloria en menos.

» Ya veo que cercados y oprimidos  
Nos tiene con trincheas y combates;  
Los linos de sus naves descogidos  
Detienen de su curso los embates.  
De gente y municiones prevenidos  
Así nos halla, que es razón que trates  
De licenciar la mucha que te sobra,  
Si aliento á menos reducida cobra.

» Debajo de tu amor y tu estandarte  
Militan el honor y la esperanza  
De Europa toda, y ¿quieren afrentarte  
Tan nobles armas con tan vil mudanza?  
Murió el valor, enagenóse el arte  
Del uso de la guerra: ¿qué se alcanza  
Con brazos, experiencias y victorias,  
Adonde afrentan las antiguas glorias?

» Parece que turbados y revueltos,  
Por mí el primero con verdad lo digo,  
Queremos negligentes y resueltos  
Ser presa, y no dolor de tu enemigo.  
Salgan los piés de las cadenas sueltos  
Del roto muro, animese el castigo,  
Muera el desecado, que prudente llama  
El bárbaro desprecio de la fama.

» Si agora aquí tus capitanes juntas,  
Para obra digna de sus brazos sea;  
Ardiente plomo y herizadas puntas  
Veloz despide y vengativo emplea.  
Banderas salgan y trompetas juntas,  
Y el sol, que por los campos se pasea,  
Aceros pise, y el tropel que marcha  
Huelle y desate la argentada escarcha.

» Probemos en el campo la fortuna  
Como entre muros altos la paciencia,  
Por ver si adquiere la osadía alguna  
Dicha que no alcanzó la resistencia.  
Es siempre á los temores importuna,  
Y grata á la atrevida diligencia:  
Yo agora ni me agravo ni me quejo,  
Pues no la obligación ni obligarla dejo.

» Segunda vez mi parecer repito,  
Y muchas mas aquí le repitiera,  
Si como con verdades le acreditó,  
Con matices retóricos pudiera.  
El bien y honor de todos solícito,  
Y no será mi espada la postrera  
Que ardiente muestre al capitán de España  
Mi amor y tu razón en la campana.

» Y juro por los hechos y memorias  
De los invictos duques de Lorena  
El sacro honor de sus antiguas glorias,  
Que siglos tantos venerado suena,  
De no poner Labeo en sus historias,  
Con vil hazaña del honor ajena,  
Pues cuando mas no pueda, armado y solo,  
Saldrémos juntos cuando nace Apolo.»

«Basta, guerrero lorenés, responde  
Soberbio Orlando, pues nobleza tanta  
A su gloriosa sangre corresponde,  
Y á mucha con los brazos se adelanta.  
¿Quién al suceso público se esconde?  
¿Quién de las armas trágicas se espanta?  
¿Quién da ocasión que con desprecios viles  
Tan fuertes capitanes aniquiles?»

«¿A quién faltó valor, destreza y brio,  
Robusto pecho y en osar valiente?  
¿Quién hay, que de batalla ó desafío  
Sacó sin lauro la gallarda frente?  
¿Qué capitán desde el Danubio frío  
No dilató su nombre al Indo ardiente?  
¿Quién, excediendo el margen europeo,  
No puso en Asia singular trofeo?»

«Veces sin cuento la osadía yerra;  
Que la ocasión el tiempo la dispone,  
Y el arte generosa de la guerra  
De esfuerzo y de prudencia se compone.  
Si tan bizarros ánimos encierra  
Alfonso agora, y á batir se opone  
Los sacros muros, ¿qué fatal ruina  
La dura frente á su poder inclina?»

«Sus piedras miro altivas y constantes  
Mas que el furor de tantas baterías,  
Que apenas fueron á mover bastantes  
Un corto abrigo de las noches frías;  
Gallardos reyes, héroes infantes,  
En el discurso largo de los días  
No muestran mas que en armas á pedazos  
Bruñidas astas y grabados lazos.

«A Pedro, el mas valiente, el mas osado  
De España toda, con violencia oculta,  
De un golpe entre estos muros fulminado,  
En triste y breve tierra le sepulta.  
Temor forzoso al fraternal cuidado  
Y al campo todo del dolor resulta,  
Mostrando á nuestros brazos su congoja,  
Pues ya el batir y el asallar ajoja.

«¿Qué mas blason si á Celtiberia vuelven  
Perdido el tiempo á los amigos ojos,  
Y tantas amenazas se resuelven  
En bañar nuestros campos sus despojos?  
¿Tan mal entre estas piedras se revuelven  
Las astas rotas y los hierros rojos  
Tus fuertes defensores, que pretenda  
Hallar alguno á su valor enmienda?»

«Yo solo con la gente que milita,  
O yo sin ella, de Milan gallarda,  
Que en vivo afecto y en verdad imita  
Al dueño fiel que coronarte aguarda,  
Del muro, que robarnos solicita,  
Pretendo solo la defensa y guarda;  
Verémos estas máquinas y espantos  
Si son al hecho como al miedo tantos.»

«¿Al miedo? dijo, y empuñó la espada  
Soberbio y arrogante Paradino:  
¿No sabe Italia triste y afrentada  
Si a questo brazo á defenderla vino  
Con él? Partido el campo en la estacada,  
Hacer que reconozcas determino  
Si á mucha costa de tu sangre puedo,  
En cuyos techos se aposenta el miedo.»

«Yo por mi patria, que ninguno afrenta,  
Admito el campo, le responde Orlando,  
Que no con arrogancia se sustenta  
Lo que el valor adquiere peleando.  
Primero que ejecutes lo que intenta  
Tu enojo ciego, que te está engañando,  
Mi espada mira lo que en otros corta,  
Y escoge luego lo que mas te importa.»

«¿Tiempo es agora, célebres guerreros,  
Dijo Reiner (y airado se interpuso),  
Templando el desacato en los aceros  
Del ya tumulto bárbaro y confuso).  
Agora es tiempo, ilustres caballeros,  
Volvió á decir, y en su lugar se puso,  
De vanos retos, de ambiciosa furia,  
Dejando libre la mayor injuria?»

«A vista de la sangre que los muros  
De ajena mano derramados muestra,  
¿Queréis que libre de sus golpes duros  
Acabe agora de verter la vuestra?  
¿Que tenga descansados y seguros  
Contrarios tantos la desdicha nuestra,  
Volviendo sus venganzas á los pechos,  
De envidia mas que de furor deshechos?»

«Es la defensa, al parecer segura,  
Y en ella sola mi quietud consiste;  
No vence quien errando se aventura,  
Ni pierde honor el cuerdo que resiste.  
Guardar lo propio es animo y cordura;  
Darlo al suceso, que afrentoso y triste  
Al dueño burla, conocido engaño,  
Dejar el bien y procurar el daño,

«Y así, guerreros, de mi honor amparo,  
Mirad por estas piedras que nos guardan;  
Y pues con sangre ilustre las reparo,  
En vano sus asaltos me acobardan.  
El cerco es largo, el sufrimiento caro,  
Socorros nuevos sin peligro tardan,  
La gente sobra; el animo nos sobre,  
Si el orbe todo pretendéis que cobre.

«¿Quién de mi suerte venturosa duda,  
Si soy con prendas tantas venturoso,  
Y tengo tales brazos en mi ayuda,  
Que al miedo hacer pudieran animoso?  
No dijo mas, que ya la noche muda  
Mostraba á todos el comun reposo,  
Que el laso cuerpo á sus fatigas pide,  
Y el alma entre ellas la mayor despide.

## CANTO XI.

## ARGUMENTO.

Volviendo Ansherto airado á su porfia,  
Le aplaca de Fenisa el desengaño;  
Al campo Paradino desafia,  
Castiga Enrique su atrevido engaño;  
Feriendo llega en el postrero día;  
Nápoles siente su forzoso daño;  
A Florisbel y á Arminda hospeda y cuenta  
Reginaldo de Italia armas y afrenta.

En tanto que otro asalto se apareja  
Y esfuerzo cobra la cansada gente,  
Y con lo sucedido se aconseja  
El cuerdo Alfonso, capitán prudente,  
Con mas alegres lágrimas se queja  
Fenisa al son de una erizada fuente,  
Que sin bastar del cielo el duro aprieto,  
Murmura con las guijas en secreto.

Atento escucha el viejo venerable  
Al buen Liseno la sangrienta historia  
Y el caso tan funesto y lamentable  
De Laura, robadora de su gloria,  
Y cómo por el monte inhabitable,  
Llorando Ansherto la infeliz victoria,  
El cielo con suspiros y querellas  
Penetra, enterneciendo las estrellas.

También le cuenta que Gerardo estaba  
Rendido á la inclemencia del encanto,  
Y que buscando su hermosura andaba  
Con dulces quejas y piadoso llanto.  
Contenta su tardanza lamentaba,  
Y alegre el viejo le consuela, en tanto  
Que baja el sol, y oculta en la arboleda  
Llegar al campo con la noche pueda.

En esto por un valle en que despeña  
Un crespado arroyo, que escarchado salta  
En el regazo inculco de una Peña,  
Y el seco prado dividido esmalta,  
Descubren un guerrero, que la seña  
Antigua y cierta, que jamás le falta,  
Les muestra que es Gerardo, aunque Fenisa  
En su temblor ardiente le divisa.

Discorre el breve fuego por el pecho  
Seguido de un temor ciego y cansado;  
Arde el amor contento y satisfecho,  
Y helarse siente el corazón turbado.  
Alíentanse las fuerzas, á despecho  
Del color fugitivo que robado  
El miedo tiene con saber que debe  
Volver las rosas que robó á la nieve.

Sentía el mismo efecto el caballero,  
Y aprieta sin noticia le encamina  
Secreto impulso, natural ligero,  
Que al propio bien su corazón inclina.  
Atrae de su olvido el duro acero  
El tierno imán de la hieldad divina,  
No dije bien, pues era el fuego ardiente,  
Que aun no conoce y en el alma siente.

Llegando con debida cortesia,  
Del fatigado bárbaro descende,  
Y con turbadas muestras de alegría,  
Que el rostro diga su dolor pretende.  
Liseno, que en las almas conocía  
El mal de entrambos, de las manos prende  
Los dos amantes, de que amor rehusa  
Oír la queja y admitir la excusa.

«Cesen, les dijo el viejo, las razones,  
Que dar Fenisa de tu agravio piensas,  
Y menos las disculpas que compones,  
Gerardo, moderando sus ofensas;  
Pues nunca de acordadas sinrazones  
Nacieron tan iguales recompensas,  
Que no condenen los terceros sabios  
Pedir favores y alegar agravios.

«Pues ya permite el cielo que pasadas  
Las tristes horas de la ausencia sean,  
Y entrambas navecillas derrotadas  
En mar tranquilo su descanso vean;  
Pues ya las sierras al invierno heladas,  
De mayo los pinceles lisonjean,  
Goza de la bonanza que os permite,  
Que el gusto ofende quien su mal repite.

«Al campo vamos, donde el dueño mio,  
Alfonso invicto, satisfecho aguarda  
Tu brazo, del rebelde desvario  
Castigo justo, que culpado tarda.»  
Así les dice, y con gallardo brio  
Del seco tronco de una encina parda  
Desata su caballo, y los amantes  
Su paso siguen por el bosque errantes.

A media legua, que en el hondo seno  
Del bosque entretenidos caminaron,  
Durmiendo el viento placido y sereno,  
Suspiros mal formados escucharon.  
Tiró las riendas el sagaz Liseno,  
Y todos juntamente se pararon;  
Atienden, y el silencio no les deja  
Conocer si es bramido, arroyo ó queja.

«Volviéron, prosiguiendo su camino,  
Y en poco trecho, despertando el viento,  
Oyerón un furioso desatino,  
Mezclado con suspiros y lamento.  
«Este furor soberbio y peregrino,  
Fenisa dijo, que en el monte siento,  
Donde apenas su rostro enseña Apolo,  
No puede ser sino de Ansherto solo.»

Un breve espacio atentos prosiguiéron  
El desierto camino, y de improviso  
Un solo y triste caballero vieron,  
Tendido al pié del tronco de un aliso;  
Y al punto que los tres le conocieron,  
Volver las riendas al caballo quiso  
Fenisa, porque teme que renueven  
Antiguas quejas, y las armas prueben.

Gerardo á detenerla se adelanta,  
Callando atento el Catalan altivo,  
Que ya del suelo sin tardar levanta  
El rostro demudado y pensativo;  
A entrambos mira, y con soberbia tanta  
Procura, sin ayuda del estribo,  
Saltar en el caballo, que se olvida  
Que está la rienda al pié del tronco asida.

Sintiéndolo el Rabicano que le oprime  
El grave peso, por las riendas tira,  
Y al dueño y armas en la arena imprime,  
Y el seco monte desatado gira.  
Del fiero golpe quebrantado gime,  
Y de vergüenza y cólera suspira,  
Y con voz arrogante mal formada,  
Dijo, empuñando su luciente espada:

« Desciende, caballero de Valencia,  
O no descieras, pues mayor ventaja  
Pienso tener matándote en presencia  
De quien aleva mi verdad ultraja.  
No es enojo ni amor ni competencia,  
Castigo, sí, de una pasión tan baja,  
Que insiste avergonzada con desprecios,  
Lenguaje solo para amantes necios.

« Vengarme agora de los dos pretendo,  
Siendo común a entrambos el castigo;  
En ti, porque matándote la ofendo,  
Y en ella porque adora a mi enemigo.  
No ya su honor como otra vez defendo,  
Ni al justo abono de su amor me obligo,  
A quitar, sí, la vida que sustenta  
Con justas quejas mi celosa afrenta.

« Debidamente el túmulo acompaña  
Que a la constante Laura adorna y cubre,  
Y bien con llanto agradecido bañas  
La mal compuesta tierra que la encubre.  
Fatiga, amante ingrato, las montañas  
De la opulenta Génova, y descubre  
Cambiantes jaspes, que al honor sagrado,  
Si no tu amor, que muestren tu cuidado.

« Apenas las reliquias de la vida  
Sintió el difunto cuerpo retirarse,  
Y la caliente sangre agradecida,  
Poca y turbada procuró animarse;  
Cuando en ajenos brazos se te olvida  
Un hecho, que pudiera celebrarse  
Con justa emulación de las memorias  
Que honró de Roma las antiguas glorias.

« ¿Qué aguarda, di, Fenisa, tu porfía,  
De quien faltó con vano atrevimiento,  
A ti con la verdad que te debía,  
Y a Laura con el justo sentimiento?  
¿No bastan dos engaños, que podría  
Mudar cualquiera dellos el intento  
Del mas rebelde amor, si no es que loca  
Parezca al alma su inconstancia poca?

« Nunca vertiera la inclemente sierra  
De Cuenca el agua que templó el acero,  
Con que este brazo en tan injusta guerra  
El golpe ejecutó sangriento y fiero;  
Mas si esta vaina avergonzado encierra  
El no culpado ejecutor, ¿qué espero,  
Pues ya mi brazo en tu caduca vida  
Mi venganza amenaza y su partida?»

« Esto diciendo, por el aire muestra  
De Marte el rayo que labró Toledo,  
Y con ligero salto la palestra  
Pisó el contrario con gentil denuedo.  
« Agora, le responde, que mi diestra  
Mover, soberbio, con espacio puedo,  
Verase en breve término y distancia  
Qué paren estos montes de arrogancia.»

« Furiosos acometen la batalla,  
Y puesto en medio, sin tardar Liseno  
Sirvió al furor de respectosa valla,  
Y a sus ardientes impetus de freno.  
« Parád, les dijo, pues Fenisa calla,  
Y no permite que el derecho ajeno  
Se envuelva con su agravio, que perdona,  
Y tu piedad; oh Catalan! abona.»

« Gerardo, agradecido a su fineza,  
O por mejor decir rendido y preso,  
Con dulce nudo de inmortal firmeza  
El alma prende y encadena el seso.  
« Testigo soy del trato y la aspereza,  
Si en esto puede haber culpable exceso,  
Con que cerró Fenisa los oídos  
A tus lágrimas, quejas y gemidos.

« Y así, valiente Capitan, desiste  
De amarla, de vengarla y defenderla,  
Pues ni señal de amor en ella viste,  
Ni ya Gerardo trata de ofenderla.  
Si otra ocasión de enemistad tuviste,  
Bien puedes satisfecho no emprenderla,  
Pues que el honor y vida se restaura,  
Si fué venganza, con matar a Laura.»

« Tomarla aquí pretendo del tirano,  
Dijo Gerardo, que atrevido y ciego  
Puso en el cielo la insolente mano,  
Y osó eclipsar los rayos de su fuego.»  
« Cuando esto escucha, de Fenisa el llano  
Sintió las plantas, y vistióse luego,  
Y a Gerardo replica: « No es impropio  
Vengar ajeno con agravio propio.

« Si Ansherto a Laura le quitó la vida,  
A ti pensó Gerardo que mataba,  
Y siendo por vengarme tu homicida,  
Con mi desdicha misma me obligaba.  
Y esto me anima a que resuelta impida  
Batalla tan injusta, que se traba  
Por un dichoso yerro que mi suerte  
Troció en acierto y engaño a la muerte.

« Pues sois entrambos nobles y corteses,  
Dad al furor indómito reposo,  
Que aun desnudar pudiera los arneses  
De una mujer el ruego poderoso.  
Mirad que a entrambos llaman los franceses,  
Y que yo con respeto vergonzoso  
Me afrento de escuchar vanos suspiros,  
Pudiendo oír de Nápoles los tiros.

« De mí os confieso que me ofende y cansa  
Ver los guerreros en acciones viles,  
Y en tiempo que la guerra no descansa  
Reñir por ocasiones femeniles.  
Y tú, famoso Catalan, amansa  
Este furor, temiendo que aniquiles  
Tus hechos valerosos, afrentado,  
Tan mal querido como mal vengado.»

« Miróla Ansherto en tanto que previno  
El modo de su justa retirada,  
Siguiendo luego, sin buscar camino,  
Del pardo monte la confusa entrada.  
No fué, no, su partida desatinada,  
Ni fué en Gerardo detener la espada  
Flaqueza, porque entibia sus placeres  
La afrenta, en que reparan las mujeres.

« Con esta suspensión de armas forzosa,  
Volverse al campo invicto determinan,  
Y con ligera vuelta presurosa  
A sus armadas tiendas se acercan.  
De Febó apenas la lumbrera hermosa  
Torció las sombras que con él declinan,  
Cuando un gentil guerrero le acompaña  
De la ciudad, saliendo a la campaña,

« En un ligero bárbaro morcillo  
De alegre rostro, que con blanco bebe,  
Que si procura el dueño reducillo,  
El campo argenta de espumosa nieve.  
Era el girel de plata y amarillo,  
Con que sutil en el correr se mueve,  
Supliendo, por lo mucho que embaraza,  
El hierro y la opresión de la coraza.»

« Vestidas de oro, sin labor ni en talla,  
Eran las armas de la luz espejos,  
Y el sol turbado a recogerlos halla  
Confusos y doblados sus reflejos.  
Llegando el viento a sus plumajes calla,  
Y mudo piensa, aunque le mira lejos,  
Que alegre mayo anticipó sus flores  
Con esta primavera de colores.

« Así de Alfonso a la vecina frente  
De la primer trinchea se presenta;  
Dudosa aguarda la confusa gente,  
Y al nuevo caso con discurso atenta.  
Llegando pues osado y diligente,  
Con voz severa, de temor exenta,  
Así comienza, en tanto que prepara  
Levantar la visera de la cara:

« Si gloria en armas, si memoria y nombre  
Os mueve, capitanes generosos,  
Y el justo aplauso de inmortal renombre  
Desprecia los sucesos peligrosos;  
Y si cumpliendo lo que debe un hombre  
Al natural amor, que los piadosos  
Pechos inclina, que sus reyes amen;  
Y hacienda y sangre por su honor derramen;

« Ahora es tiempo, pues al campo os llama  
Paradino el guerrero, que en Hesperia  
Ha sido, escureciendo vuestra fama,  
De plumas tantas singular materia.  
Diome Lorena la primera cama;  
Sangre y honor me dieron sin miseria  
De sus antiguos duques los primeros,  
Famosos por ilustres y guerreros.

« Llamado vine, y sin llamar viniera,  
Del franco rey siguiendo el estandarte,  
Y en este amor se funda la primera  
Causa que tuve de seguir a Marte;  
Tambien me trujo la inclemencia fiera  
Con que quisiste Alfonso apoderarte  
Del reino ajeno, molestando el dueño,  
Que ya reposa con eterno sueño.

« Y así, defendiendo armado en la campaña,  
De la verdad movido y satisfecho,  
Que no sucedes, capitan de España,  
De la difunta Reina en el derecho.  
Tiranamente, con violencia y maña,  
Sin dar oídos al común despecho,  
Intentas profanar los sacros muros,  
Que están en manos de Reiner seguros.

« Su rey será, si el cielo no detiene  
El curso natural de la justicia,  
Qu á veces superior, si nos conviene,  
Razones y armas con razon desquicia.  
Mas si motivo nuevo no previene,  
Dejando libre efecto á la milicia,  
De tales brazos su caudillo goza,  
Que piensan encerrarte en Zaragoza.

« ¿Acaso piensas que el poder igualas  
Con moros granadinos y andaluces,  
Que visten con volantes y bengalas  
De grana y de brocado los capuces?  
Pasóse el tiempo que sus ricas galas,  
Despojos ciertos, que las rojas cruces,  
Vistieron, conquistando su porfía  
Los campos de la hermosa Andalucía.

« Del rey glorioso, que sus lises santas  
Le dió por armas favorable el cielo,  
El muro pisan las temidas plantas,  
Honor y gloria del hesperio suelo.  
Y cuando no temas grandezas tantas,  
Tan gran contrario, su valor y celo,  
Francesas armas y el fatal destino  
Temed, que está en el campo Paradino.»

« Aun no acabó de referir hinchado  
Su nombre altivo, cuando al campo sale,  
De acero Enrique y de valor armado,  
Sin que otro hermano su presteza iguale.  
« Espera, dijo, lorenés soldado,  
Veremos presto si tu brazo vale  
Tanto como esa lengua á tu corona,  
Agora defendiendo tu persona.»

« Así le dice, y apretó animando  
Al rucio cordobés, y al mismo punto  
Tendiendo el asta, ejecutó, formando  
La voz postrera y el encuentro junto;  
Y por el diestro lado atravesando,  
Dejar pudiera al contendor difunto,  
Si no midieran las divisas francas  
Con la celada el campo de las ancas.

« Cual suele la pelota, que rebate  
Al suelo opuesto, diligente pulso  
Prestarle fuerza, que el surtir dilate  
La misma resistencia del impulso,  
Así en el duro ingreso del combate,  
Del fiero golpe el Lorenés compulso,  
Volvió gallardo de la silla al centro,  
Soberbio y animado del encuentro.

« Apenas, recorriendo los arzónes,  
Volvió al ferrado albergue de la silla,  
Cuando rompiendo al Godo los faldones,  
Las aceradas lanas apartilla.  
Hirióle, y afirmado en las acciones,  
Del yelmo crespo, que cambiante brilla,  
Divide Enrique la eminencia fuerte,  
Y roja sangre por las armas vierte.

« Sintióse herido el capitan valiente,  
Y en sangre envueltos los turbados ojos,  
Y con furor indómito impaciente  
Remite á los aceros sus enojos.  
Alzó la espada, y apuntó á la frente,  
Volver queriendo los plumajes rojos,  
Mas solo fué de su ademan asombro,  
Que erró la cresta penetrando el hombro.

« Sintiendo del acero la fiereza,  
Sobre el ligero y ofendido vuela  
El hijo de Fernando, y con presteza  
Al lado opuesto el cordobés revuelve.  
Hallóle cerca, y con sagaz destreza  
A penetrarle el cuerpo se resuelve  
Entre el brazal y el peto, en que encerrada  
Pensó la malla resistir la espada.

« Tan presto ejecutó su movimiento,  
Hallando a su contrario sin defensa,  
Que á no torcer la punta del intento,  
No hubiera de la herida recompensa.  
No tanto siente el animal sangriento  
De alarbe lanza la mortal ofensa,  
Como sintió el guerrero en la estacada  
La senda nueva que siguió la espada.

« Y así, oprimido del dolor se arroja  
Al ofensor gallardo, que olvidado  
Bajo la espada hasta los puños roja,  
Mirando a su contrario desangrado;  
Y juntas la venganza y la congoja,  
Prestaron para el golpe acelerado  
La furia, que es forzoso que prevenga  
Quien propia sangre derramada venga.

« Rompió la gola, penetrando al cuello,  
Y abrió la pasta su violento rayo,  
Tejiendo entre los rizos del cabello  
La antigua y noble sangre de Pelayo.  
Teñido de carmin su rostro bello,  
Ni el brazo siente ni el valor desmayo,  
Leon de España, que animado riñe,  
Si el verde campo con la sangre tiñe.

« Picó al caballo, y al contrario apunta  
Al diestro lado que miró vecino,  
Rompiendo la fatal violenta punta  
Por el acero rígido camino;  
Y al mismo instante se mostró difunta  
La cara del turbado Paradino,  
Que del aliento y de la sangre falto,  
Volvió la espada levantada en alto.

« Perdió las riendas, y siguiendo el peso  
Del flaco golpe descendió á la arena,  
Vertiendo el cuerpo con mortal exceso  
La misma vida entre la roja vena.  
Faltó á su aliento el natural receso,  
Y la vital union desencadena  
El último suspiro, fiel testigo  
Que el alma deja su mayor amigo.

« Del muro apenas el confuso llanto,  
Y en el opuesto campo su alegría  
Pudieron verse, reservando en tanto  
A cuál se incline receloso el día;  
Cuando de la trompeta el duro canto  
Por la vecina cuesta prevenia,  
Tristes y alegres para ver de España  
La gente que corona la montaña.

« Al son de los templados atambores  
Seguían de Fernando el estandarte  
(Fernando sucesor de las mejores  
Prendas de Alfonso, emulación de Marte.)  
Entre lucientes armas y colores,  
Seis mil de la corona, que reparte  
Entre distintos escuadrones bellos,  
Que el sol se mira y se divide entre ellos.

Mil fuertes montañeses, que reprimen  
Las no seguras armas de Gascuña,  
Mil de sus llanos, y dos mil que esgrimen  
La antigua espada, honor de Cataluña.  
Dos mil jinetes de Valencia oprimen  
Caballos moros, y gallardo empuña  
El menos diestro lanza antigua y larga,  
De plata espuelas, y de Fez la adarga.

El ánimo y furor que la trompeta  
Infunde en los gallardos animales,  
Que el ser con tanto exceso lo interpreta  
El vulgo á mas que efectos naturales,  
De suerte los alienta con secreta  
Fuerza, que sus relinchos desiguales  
Trompetas son que animan y previenen  
Los que del monte á la campaña vienen.

Formaron por el valle descendiendo  
Alegre y repentina primavera,  
Con breve engaño el tiempo previniendo  
Las varias flores que su monte espera,  
Plumas, colores y armas compitiendo  
Con mayo, con el arco y con la esfera,  
O por mejor decir, quieren que evite  
Cualquiera luz, que con su luz compite.

Dudosa admiración, cuidado triste  
Reparte en los contrarios su venida,  
Y el torpe miedo de temores viste  
El natural recato de la vida;  
Y su glorioso padre, que resiste  
Del blando afecto la piedad debida,  
Con mas aliento espera la victoria,  
Debida á solo el nombre de su gloria.

Habiendo, sin perder la compostura,  
De su paterno amor con dulces lazos  
Dado á Fernando posesión segura  
En el querido albergue de los brazos,  
Sin mas tardanza remitir procura  
La breve dilación de los abrazos  
A mas espacio, porque dar conviene  
El riguroso asalto que previene.

En tanto que sus armas se aparejan,  
Y la oprimida Nápoles se guarda,  
Y al sol que viene, presumidos dejan  
La muestra de sus ánimos gallarda,  
Y en tanto que los rústicos se quejan  
Del lento paso con que el sueño tarda,  
Discurren solos por el bosque umbroso  
La bella Arminda y su valiente esposo.

Del viejo Reginaldo procuraban  
Llegar á los umbrales conocidos,  
Que millas seis de Nápoles distaban  
Entre arboledas altas escondidos;  
Del sol las altas cumbres coronaban  
Los rayos de la tierra despedidos,  
Porque sin ilustrar los horizontes,  
Nacer le vieron y morir los montes;

Cuando por un ribazo, que termina  
El salto de un arroyo, que despeña  
A un pardo risco, que pendiente inclina  
La tosca frente al agua que desgreña,  
La amiga casa, sin pensar vecina,  
Un apacible valle les enseña,  
Y lejos con la luz breve y cobarde  
La muestra el humo al espirar la tarde.

Descubren sus paredes levantadas,  
Que en ellas tuerce un apacible río  
Las aguas diligentes y argentadas,  
Y el paso enfrena de su curso frío.  
Ceñido de altas hayas y copadas,  
Hace en el valle lóbrego y sombrío  
Silencio blando y dulce recompensa,  
Del sol quitando la mortal ofensa.

Y entonces la inclemencia de los cielos  
Así reprime, y el cristal defiende,  
Que rotas las prisiones de los hielos,  
Al mar el agua sin parar descende.  
Amores cantan, y lamentan celos  
Las tiernas aves, que engañar pretenden  
La ver de sombra, por robar tirana  
Su natural lisonja á la mañana.

Llegaron los amantes á la puerta  
Que el dueño ocupa, y con sencillo agrado  
Les dió sus brazos y su casa abierta,  
De la familia alegre acompañado;  
Y viendo que la obscura noche acierta  
La muda senda de la cumbre al prado,  
Mandó aprestar la cena, que previene  
Al noble huésped que en su casa tiene.

Con breve diligencia se dispuso,  
Y en limpia mesa, de ambición ajena,  
Copiosamente la familia puso  
En varios platos la dispuesta cena.  
De frutas invernizas se compuso  
Segundo otoño, de regalos llena;  
Siguió la copia que produce y eria  
El caño mar y la montaña fría.

La rubia espiga con su ofrenda blanca  
Mostraba, oscureciendo los manteles,  
De su divino autor la mano franca,  
Mejor que de la industria los pinceles.  
También el fruto que temprano arranca,  
Y acuesta en verde cama de laureles  
El rústico olvidado delicioso,  
Que darle pudo su licor precioso.

El gran convite, regalado y vario,  
Lograron entre muestras de llaneza,  
Con solo el cumplimiento necesario  
Que pide la comun naturaleza.  
Las ricas copas que al romano erario  
Sirvieran de ornamento y de riqueza  
Pusieron fin, sin ayudar el sueño  
Al franco pecho del cumplido dueño.

Vertióse apenas la postrera espuma,  
Cuando obligado del piadoso trato,  
Su historia Florisbel en breve suma  
Al huésped cuenta con silencio grato;  
Mas no esperó que el tiempo se consuma,  
Debido justamente al dulce rato,  
Cuando de Italia la tragedia fuera  
Le pide Arminda al huésped que refiera.

«Cuéntanos, dice, de mi patria cara  
Desdichas tan sangrientas y notorias,  
La suerte de Reiner triste y avara  
Y del glorioso Alfonso las victorias.  
Que agora cuentas su valor, repara,  
A dos oyentes fieles de sus glorias.  
Empieza pues;» y el viejo enternecido,  
Así del ruego respondió movido:

«Después que del estruendo de la guerra  
Dejé el turbado y ciego movimiento,  
Y en ocio dulce la quietud encierra  
Entre estos montes mi postrero aliento;  
Por ser vecina á Nápoles la tierra  
Que dió á mis techos favorable asiento,  
En estas soledades desperdicia  
La fama inútilmente su noticia.

»Y así podré contaros brevemente  
De tan prolifas armas el suceso  
Con el adorno solo que consiente  
Esta verdad sencilla que profeso.  
Empezaré. Después que vuestra gente  
Tuvo en Gaeta el último progreso  
Que tú alcanzaste, y prisionero fuiste  
Del duque Antonio, que en prision venciste,

»Movié su campo Alfonso victorioso,  
Postrando de Marquisi y de Escapata  
Las fuerzas, y gallardo presuroso  
Intenta que Salerno se combata;  
Rindióse luego, y sin tener reposo,  
De dar asalto á las murallas trata  
De la famosa Cava, que previno  
La industria á Flándes de tejer el lino.

»De allí, fiando al aire sus banderas  
En el silencio tímido noturno,  
Mandó que de sus huestes las primeras  
El margen acometan del Voltorno,  
Dejando sus orillas y riberas  
Iguales á los campos de Saturno  
El gran furor indómito que haña  
De nuestra misma saugre la campaña.

»No pudo del comun Padre romano  
La gente, que sus aguas dividian,  
Mover las armas, procurando en vano  
La natural defensa que pedian.  
Al fin huyendo la insolente mano  
Del vencedor gallardo que temian,  
Dejó el legado, que guardarse piensa  
De las francesas armas la defensa.

»Siguiendo la victoria, se resuelve  
De entrar á Benavento por combate;  
Rindió sus muros, y arrogante vuelve,  
Temiendo que su gloria se dilate.  
Ganó de Ambrersa la ciudad, y envuelve,  
Sin que Reiner de resistirle trate,  
Castillos, armas, pueblos y naciones  
Sujetos á sus bandas y pendones.

»Movido pues de la amistad francesa  
Tu primo el Duque, generosa Arminda,  
Gallardo emprende la costosa empresa  
Antes que al Godo el cuello Italia rinda.  
Dejó los muros de la antigua Sesa,  
Y en un inculto valle, que deslinda  
El término á los montes, que sus frentes  
Les muestran del Sebeto las corrientes,

»Formó de sus criados y vasallos,  
Y de tudescos, suevos y pulleses  
Un escuadron, ceñido de caballos  
Lombardos, florentines y albaneses;  
Y por querer del todo asegurarnos,  
En seis gallardas tropas de franceses,  
Tres mil corazas publicando vienen  
El arrogante espíritu que tienen.

»A la primera luz, que la mañana  
Tendió confusa por el aire vago,  
De la vecina sierra helada y cana,  
Bajó de sus cabezas el estrago;  
Y la española furia altiva insana  
Volvió de sangre miserable lago  
Las claras ondas, que volvió el Tirreno,  
Por no pagarse de tributo ajeno.

»Al fin quedó sujeto á las cadenas  
Del noble vencedor tu honrado primo,  
Su gente degollada en las arenas,  
Y de Reiner la causa sin arrimo;  
Logrando en tierras fértiles y ajenas  
El fruto de sus armas tan opimo,  
La hoz metió con venturosa mano  
Desde Castelamar á Caviano.

»Dió vencedor á las Calabrias vuelta,  
Y del francés imperio en la coyunda,  
El fuerte nudo desenlaza y suelta,  
Y el suyo en armas y en justicia funda.  
Con esta brevedad firme y resuelta  
Las armas vuelve, con temor que cunda  
La gente, por quien da al romano suelo  
Honor el mundo, y potestad el cielo.

»No fué temor, sino prudencia astuta  
Asegurar las fuerzas de importancia,  
Antes que el suelo fiel que le tributa  
Molesten tantos, ayudando á Francia.  
No por agravio y deshonor reputa  
Del sucesor de Pedro la constancia,  
Ni que llamados cubran la campaña,  
Milan, Florencia, Génova, Alemania.

»Con no vencido espíritu quieto  
Estas preñadas máquinas desprecia,  
De cuyas amenazas el efecto  
Temer pudiera victoriosa Grecia;  
Y así, animando con ardiente afeto  
El uso militar, que tanto precia,  
Olvida generoso en su fatiga  
Segunda vez la conjurada liga.

»Y sin hallar descanso ni sosiego,  
Cercó de Troya los antiguos muros,  
Que no con armas del engaño griego  
Rindió las fuerzas de sus brazos duros;  
Y en vez del riguroso ardiente fuego  
De Esforza, los soldados mal seguros  
Lloraron de sus manos el castigo,  
Perdiendo de los muros el abrigo.

»Quedó rendida la ciudad, y puestos  
En dura servidumbre los secuaces  
Del Esforcés intrépido, y dispuestos  
A estrechas leyes y afrentosas paces,  
Dejando asegurados y compuestos  
Los pechos, hasta entonces pertinaces;  
Y á veces con piedad, sin armas fieras,  
Ganaba corazones y banderas.

»Tomó de Capua la ciudad, y embiste  
A Sorrento, y siguiendo su fortuna,  
Ganó á Puzol, que su furor resiste,  
Si hacerle pudo resistencia alguna.  
Dejóle apenas desangrado y triste,  
Y en brazos del silencio de la luna  
Pasó su campo á Nápoles, que espanta  
Al sol, que por mirarle se adelanta.

»Cercó la gran ciudad, honor de Europa,  
Y nobles tantos con mortal asedio,  
Que de armas faltos, de comida y ropa,  
Rendirse tienen por forzoso medio.  
La humilde gente, que en contorno topa,  
Medrosa busca su comun remedio,  
Colmando del ejército las tiendas,  
El monte, el valle, el mar de sus ofrendas.

»Y el triste pueblo, que afligido mira  
El logro de sus mieses repartido,  
Y que insolente el Español retira  
Lo que sembró su dueño prevenido;  
De furia brama, de dolor suspira,  
Y su francés caudillo combatido  
Del nuevo estado en que sus fuerzas halla,  
Quiso intentar en campo la batalla.

»Mas no les pareció consejo cuerdo  
Después que á Castilnovo les quitaron,  
Y así, turbados con mejor acuerdo  
La natural defensa procuraron;  
Y cada vez, señores, que recuerdo,  
Pregunto, si de Nápoles llegaron  
Las nuevas, que se aguardan por instantes,  
De verse ya vengados los infantes.

»Esta, aunque breve relacion sucinta,  
Es limitada parte de la historia  
Que el puro afecto sin colores pinta,  
Por dar al vencedor tan justa gloria.  
No en blanca carta lisonjera tinta,  
Podrá fiar al tiempo su memoria,  
Ni menos que del sacro Mantuano  
Honrar la pluma ni emprender la mano.

»Demás, que la fatiga del camino,  
Y haber en el invierno riguroso  
Pisado la cerviz del Apenino,  
Al mas robusto pedirá reposo.  
Buscad el fiel descanso, que previno  
El amor de la vida, codicioso  
De nuevas trazas y remedios grandes  
Que hallar pudieron Alemania y Flándes.

»En el albergue limpio de la cama,  
Porque amigablemente se os conceda,  
La Cava ofrece su apacible trama,  
Africa plumas, y Calabria seda.»  
Esto diciendo, la familia llama,  
Y della sabe que dispuesto queda  
Cuanto con mano franca prevenia  
Su honrada y ambiciosa cortesia.

Los huéspedes dejaron satisfechos  
Las sillas, y conformes le agradecen  
Las dulces nuevas, y con tiernos pechos  
Eterno feudo de amistad le ofrecen.  
Mostraba el huésped prevenidos lechos,  
Y en uno, del cansancio que padecen,  
Remedio hallaron con el sueño blando,  
Que atento el huésped les quedó guardando.